

periódico, y se hacían decir de viva voz las noticias por los que las habían leído. Había un concejal que solamente leía «la temperatura de las principales ciudades», y prorrumpía siempre en las mismas exclamaciones de asombro con motivo de los grados á que llegaba el termómetro en Cagliari ó en Florencia. Con ninguno de éstos podía hablar Emilio de sus estudios, ni aún, en general, de asuntos de librería. Solamente había dos ó tres familias que compraban algún libro nuevo de literatura, pero con un criterio especial; fijándose más en lo aparatoso del título que en el nombre del autor; además, como tenían resuelto gastar en libros cada año cinco ó seis pesetas, prescindían de comprarlos si les sobrevenía en ese periodo algún contratiempo insignificante, como la pérdida de media docena de botellas de vino blanco ó la de la fruta de un árbol destrozado por el viento. Asombrábale también, y le molestaba, la excesiva severidad—mucho mayor que la de las personas cultas de las grandes ciudades—que tenían aquellas pocas familias para juzgar á los autores cuyas obras leían; la peregrina confusión que formaban de los excelentes con los medianos; la gran reputación que concedían á obscurísimos escritores regionales, y hasta á escritorzuelos de la cabeza de partido, mientras desconocían por completo escritores de primer orden de otras partes de Italia. Parecía como si ostentaran cierta brusquedad en sus juicios para mostrarse independientes de la opinión generalmente admitida y alejar la sospecha de que en los pueblecitos, no sabiendo juzgar ciertas cosas con el criterio propio, se va siempre á remolque de las grandes ciudades. La mujer de un concejal que durante su luna de miel, había viajado por el Lombardo-Véneto, decía con un movimiento altivo y obstinado de cabeza, que no le había gustado «nada» Venecia. Advertía además de todo esto Emilio una carencia, casi absoluta, de curiosidad por todo lo que estaba fuera de los límites del término municipal, como si el Municipio fuese un mundo pequeñito que se bastara á sí mismo y en el cual todas las cosas pequeñas tuviesen, por la regla de proporción, igual importancia intrínseca que las cosas grandes del Estado. Hacia últi-

mos de Agosto, como hubiese llegado á Piazzena el hijo de un asesor, promovido entonces á subteniente en la escuela de Módena, fué festejado con banquetes, recepciones y músicas, como un General victorioso. Aún había más dificultad con los hombres que con las mujeres para sacarles de sus conversaciones habituales, y muy rara vez ocurría que se acalorasen por uno de esos asuntos por los que se apasionan los habitantes de las ciudades, aún las más pequeñas. En lo que respecta al gran problema social, en el que Emilio pensaba muy á menudo, aunque algo vagamente, hallaba á casi todos en la mayor indiferencia, lo cual le maravillaba. Acaso se fundaba esta indiferencia en que, tratándose de cosas que no sucedían en la calle mayor del pueblo, no temieran sus habitantes que llegasen hasta allí los efectos inmediatos ó más graves de una revolución cualquiera; y acaso también en que, no conociendo de cerca la extensión ni el poder de las fuerzas hostiles, que no se hallan representadas en las aldeas sino por escaso número y por elementos diseminados y tranquilos, juzgaban necesariamente como invulnerable aquella roca del Estado que desde lejos aparecía á sus ojos enorme y con almenas hasta las nubes. Resumiendo: de ninguna parte y por ningún motivo llegaba á su espíritu juvenil una ráfaga de pasión, la sacudida de una idea, un estímulo cualquiera para el estudio. Todo eso habría llegado con la lectura de esos libros nuevos y ardientes, que son como el hálito y las pulsaciones de la vida nacional. Emilio leía muchos títulos y muchas indicaciones de libros de esos en los periódicos que hojeaba y sentía gran deseo de adquirirlos; pero eran para él lo que habrían sido algunos faisanes dorados para un cazador sin armas; cualquiera de esos libros le hubiese costado dos días de sueldo, y para comprarlo habría necesitado disminuir aún la ya escasa porción de cocido que apenas bastaba para que se sostuviese en pie. A los pocos que poseían algunos de esos libros no se atrevía á pedirselos, temeroso de que le acusaran de poner en olvido sus estudios didácticos para dedicarse á lecturas de distracción, cargo que no habría sido nuevo. El único á quien hubiese podido recurrir para aprender

algo hablando, el señor Pirotta, enfermo ya desde Octubre anterior, había ido empeorando cada vez más hacia el fin del año académico. El delegado solamente poseía unos diez y siete volúmenes sueltos, faltos de muchas páginas, de la «Historia universal» de Segur, y no hablaba nunca sino de las maestritas. Quedábale á Emilio la maestra señora Marca, á cuya casa iba de vez en cuando; pero la inteligencia y la cultura de ésta se hallaban encerradas desde hacía muchos años en el estrecho círculo de la escuela, como su cuerpo de monja en su vestido humilde y obscuro; se limitaba, pues, al papel de oyente. El joven estaba, por consiguiente, solo, y se hallaba en una especie de ayuno intelectual, con el que su espíritu, debilitándose, se dejaba arrastrar poco á poco á una fantasía ociosa que ponía en el alma la fatiga del trabajo y la vanidad y el disgusto del sueño. Se aburría y se encolerizaba. Había frente á su ventana otra, á la que estaba asomado horas enteras un viejo achacoso, con los codos en el alféizar y la barba apoyada en los puños, contemplando la calle, por la cual solía transitar una persona cada media hora y un carro cada medio día, lo cual bastaba para ocupar la mente de aquel vecino. Aquel viejo era para Emilio la imagen encarnada de la aldea. De vez en cuando aquel pobre viejo levantaba la vista y miraba al maestro, lanzando un bostezo, y Emilio hostezaba también. Y entonces, al solo pensamiento de vivir de ese modo durante muchos años, acometido casi por un movimiento de terror, tomaba el sombrero y se escapaba al campo como para huir del fantasma de su futura existencia.

LA BATALLA CAMPAL

De aquel estado de ánimo vino á sacar á Emilio, hacia fines de Septiembre, la muerte casi repentina del señor Pirotta. Antes de ocurrir ésta ya dudaba el joven si, terminado el bienio, renovaría por otros dos años el contrato celebrado con el Municipio; pero después de aquella muerte, habiendo sabido que el propósito de la Junta era buscar un maestro sacerdote para reunir en una persona sola ambos cargos, después de solicitar en cartas el consejo de su protector de ***, se despidió espontáneamente y pensó en buscar otra plaza. Aquella inesperada despedida, no bien fué conocida, produjo el efecto de mitigar en parte la expresión torva de rencor con que el cura contestaba á sus saludos, y de hacer que al reanudarse las tareas escolares, el ministro del Señor no diese más señales de su enemistad al maestro que una especie de zumbido de trueno lejano, sin amago de tormenta próxima. Y no sólo resultó esto, sino que, al fin, el maestro fué, de todo en todo, puesto en olvido á consecuencia de un acontecimiento ruidoso que había de quedar en la historia del pueblo.

Poco antes de la reapertura de las escuelas había regresado de Turín, después de un mes de ausencia, la maestra Fanari, con un vestido de lana gris adornado con raso. El vestido causó en el pueblo impresión grande, y no fué menos la producida por el semblante alegre y satisfecho de la maestra, con un no sé qué de

más suave y de más travieso en toda su persona, que era una verdadera provocación para los averiguadores del gran misterio. Alguien había procurado hacer que corriese la voz de que la joven había estado un mes en Turín para descargarse de algo más que de sus fatigas profesionales. Pero la calumnia no prosperó. Porque, en realidad, de creer eso, ¿qué substancia iba á sacarse? Sólo la de reconocer que la burla de que el pueblo era víctima hacía ya un año, había sido terminada y cumplida en todas sus partes. Era, por lo tanto, preferible tornar á la vigilancia y á las investigaciones, con tanta más razón cuanto más cierto era que parecía haberse cogido un hilo. Como una semana después del regreso de la Fanari, hacia la caída de la tarde, habíase presentado en el café un caballero desconocido, de hermosa barba rubia; el forastero estuvo muy poco tiempo en el café, y al salir se dirigió á la callejuela donde estaba la habitación de la maestra; y en aquel mismo día, ya entrada la noche, se había visto la ventana del cuarto de la joven—ventana que estaba siempre alumbrada hasta muy tarde—cerrada con maderas y todo y completamente obscuro; y encontrando muy natural lo que, por el contrario, era inverosímil, habían dicho todos: «Han sido prudentes hasta ahora; pero después de haberse visto diariamente en Turín por espacio de un mes, y no pudiendo soportar esta interrupción de su costumbre, han hecho una locura, y suceda lo que suceda.» Pero todo se había reducido á esto. Por muy pronto que fueron algunos á la mañana siguiente á custodiar las esquinas, no habían visto salir á nadie de casa. Había salido sola la maestra á la hora acostumbrada con el dichoso vestido gris, y había saludado á los centinelas con una graciosa sonrisa subrayada por aquella endiablada mueca del labio inferior. No importaba; seguirían espiondo. «En estas cosas, decían, una vez roto el freno de la prudencia, se reincide.» Un día á otro se dejaría coger, y entonces las pagaría todas juntas.

La noticia había circulado entre tanto por el pueblo y había sido llevada al cura con la esperanza de que él la aprovechase para tirar una puntadita desde el

púlpito; puntadita que seguramente habría producido mucho efecto. Las esperanzas quedaron burladas. Aunque el cura no pecaba de tímido, parecíale una temeridad, sin duda, arriesgarse á formular una acusación tan grave, fundada en hechos tan vagos. Pero sobrevino otro suceso que hizo inclinarse la balanza. En el mes de Octubre caía la fiesta de la Santa Patrona de aquel pueblo; celebrábase con este motivo procesión solemne, en la que se sacaba por las calles la imagen de la Santa, y todos los años se encargaba de esto á dos aldeanillas, escogidas entre las de más edad y las más guapas; éstas recibían el nombre de «pioras», y era la costumbre que éstas comprasen, de su propio bolsillo, un gran velo de tul para cubrir el Crucifijo. El cura, á quien desde mucho tiempo antes parecía mal aquel gasto inútil y amortizado, decidió aquel año darle mejor empleo y aconsejó á las muchachas que renunciasen á la compra del velo y diesen el importe para el «dinero de San Pedro». Vacilaron las chicas, porque con aquel gasto daban cierto tono á sus familias, y el velo, según su mayor ó menor costo, venía á ser como una muestra de su dote; y para no cargar sobre su conciencia la responsabilidad de una negativa, hicieron lo que en casos parecidos suele hacerse: fueron á solicitar consejo de quien sabían con certeza que había de dárselo tal y como ellas lo deseaban; á la señorita Fanari, la maestra de sus hermanas. La maestra, no solamente aprobó el deseo de las jóvenes, sino que les sugirió á unas y á otras las excelentes razones que podían dar al cura cuando otra vez, si le encontraban, volviese al asalto: que en último resultado era la suya una ambición lícita y honesta, supuesto que gastaban, no para adornarse ellas, sino para honrar al Crucifijo; que siempre se había usado hacer eso; que si gastaban la cantidad en otra cosa no lo sabrían todos, ni lo creerían, y se las calificaría de tacañas, y que, por último, no querían ser las primeras que rompiesen con aquella costumbre. Ambas aprendieron muy bien su lección, y sin más ni más se fueron á recitársela al cura. Este, que tenía buen olfato, comprendió inmediatamente que las muchachas habían sido aleccionadas, y en lugar de amenazarlas

con la excomunión, como acostumbraba, disimuló la rabia que le ahogaba y fué llevando dulcemente á las jóvenes á declarar el nombre de su consejera. Entonces estalló:

—¡Ah! ¡La judía! La descarada «francmasona» ¿Estaba, pues, resuelta á infestarle el pueblo? ¿Había jurado la guerra á Cristo y á la Virgen? ¡Oh, era tiempo ya de concluir con ella!

La cosa se divulgó. El anatema desde el púlpito no podía faltar. En la mañana del domingo siguiente el templo estaba lleno y en la concurrencia se advertía gran expectación. Allí estaba, entre otros personajes, el delegado, que había ido en la cándida creencia de que su presencia quizá podría contener al orador. También se veía á la maestra Fanari, cerca de sus alumnas, tranquila en la apariencia, aunque mirada por todos. Aquella animosa tranquilidad fué lo que irritó más cruelmente á su enemigo. El tiempo estaba también tempestuoso; agitábanse las vidrieras del templo, movidas por un viento furioso, que fingía lamentos de condenados. El cura se hinchó desde el exordio, aunque el asunto no lo exigía. Jamás se había visto á sus dos brazos cortar el aire tan impetuosos y tan rígidos como aquella mañana, ni sus cabellos grises agitarse como culebrillas furiosas en rededor de su cráneo seco. No se detuvo ni un momento en las frases generales; perdiendo los estribos lanzóse de repente al asalto. No fué, como otras veces fuera, una alusión velada la suya; fué una invectiva directa y prolongada, á la que solamente faltó el nombre.

—La maestra que siembra irreligiosidad... que perverte el corazón de las niñas... que no tendría inconveniente en beber una taza de caldo antes de comulgar.

Aún dijo más:

—La conducta torcida... las escapatorias á la ciudad... los forasteros misteriosos...

Desde las primeras palabras todos se habían vuelto á mirar á la maestra, que parecía impasible. Después, como el asalto se prolongase, pusieron muchos en pie, como si debiera ocurrir algún conflicto. Las alumnas miraban asustadas, ya al cura, ya á su maestra. A las últimas palabras habíanse oído algunos murmu-

llos. La maestra se había puesto pálida como un cadáver, pero conservaba siempre la frente alta, con orgullo. La agitación del auditorio hizo comprender al cura que había traspasado todos los límites, y cambió bruscamente de tema. Pero nadie oyó una palabra del resto de aquel sermón, que concluyó entre rumores.

A la salida todos se detuvieron en la plazoleta, como arreglándose los sombreros y las basquiñas para ver á la maestra pasar; cuando la maestra salía de la iglesia el viento descubrió sus piecitos deliciosamente calzados. La joven estaba todavía muy pálida, pero se había repuesto mucho y hacía esfuerzos para recobrar su acostumbrada sonrisa. Por un momento se formó en torno suyo un gran espacio hueco; después se aproximó á ella el primero de todos, Emilio, indignado; después de Emilio se acercó el delegado y en seguida algunos otros que le expresaron su disgusto y su indignación, mientras los curiosos formaban detrás, y algo separados, un arco, de círculo y algunas de las discípulas lloraban cerca de su maestra. Esta pronunció muy pocas palabras, con voz algo temblorosa, pero bastante alta para que la oyesen todos:

—No hay de qué. Hoy mismo presento la queja.

Y dirigiéndose al delegado, le dijo:

—Usted será mi abogado.

El delegado hizo un gesto, que Emilio observó con disgusto. No se equivocó al traducirlo. Tenía delante á uno de esos liberalotes de lugar que, á pesar de su cacareada incredulidad y del furor anticlerical de que se jactan, son cobardes á veces ante las audacias del cura, de quien hacen escarnio y befa en el círculo de sus amigos; cobardes por el miedo á la lucha, aún conociendo la justicia de una causa; cobardes por lo débil de sus sentimientos patrióticos y de su fe política; cobardes por un resto del terror indeterminado, hereditario, inconsciente, al infierno, de que se asustaban cuando niños. La familia de estos «liberales», en éste como en todos los pueblecillos, se extendía desde él, jurisconsulto y delegado, y otros de su clase, hasta los campesinos que, comiendo de carne los días de vigilia en la posada, y diciendo, entre un trago y otro trago, horrores del cura y de su antigua sobrina.

exclaustrada y de los aldeanillos que se le parecían, escondían de pronto debajo de la mesa el plato de carne cuando veían pasar el tricornio por delante de la ventana. Esto no obstante, como no era posible eludirlo, el delegado aceptó el encargo y consiguió poner buena cara, balbuceando:

—Me pongo á las órdenes de usted, con mucho gusto.

Algunos se ofrecieron como testigos después de oír al delegado, y la maestra dió á todos las gracias, y recobrado ya su hermoso color de rosa temprana, se dirigió á su casa. Para el pueblo fué aquél un ruido espantoso. En los días sucesivos, temerosos de un escándalo, pusieronse el alcalde, el superintendente y otros á trabajar para que la joven desistiese de su queja y el cura diese un paso para la avenencia. Pero el sacerdote estaba todavía furioso y la maestra se negó con altanería. Por otra parte, ya se había publicado en un periódico de Turín una correspondencia anónima que imposibilitaba á la maestra de retroceder, y la queja, con gran disgusto del partido dominante, siguió su curso.

El maestro Ratti, nuevo en aquellas lides, se indignaba con el proceder de las gentes. La mayoría, aún admitiendo que el cura había cometido un desatino, censuraban á la maestra por haberse querellado, lo cual consideraban como un exceso de audacia; porque el espectáculo de una mujer sola que se defiende con energía, es humillante para los hombres que se dejan atropellar. Decían: «Cuando el cura ha dicho lo que ha dicho, es evidente que tiene en su mano los medios de sostener las acusaciones, al menos la más delicada.» El deseo general era que saliera mal parada la señorita. Y Emilio, demasiado sencillo aún, no podía explicarse aquella animosidad; comenzaba á preguntarse con inquietud si existiría en su profesión algo de antipático ó de funesto, para que, por ejemplo, en este caso no se pusiesen todas las personas honradas de parte de la joven, como exigen juntamente la razón y el sentimiento. No comprendía el maestro que el motivo principal de aquella animadversión era el mismo en las mujeres y en los hombres, era á saber: la

certeza de que la maestra tenía un amante y de que, á escondidas y á despecho de ellos, era feliz; esto era lo que la hacía más odiosa que la habrían hecho cualesquiera otras culpas ó defectos, y hasta acciones perjudiciales para todos. Una señora solamente, disintiendo de su marido, la defendía: la mujer del superintendente, tocinerero; dicha señora habíase hecho nombrar inspectora para visitar las escuelas de vez en cuando con gran pompa cuando tenía algún traje nuevo que lucir, y el por qué de su protección era el siguiente: que la maestra, cuyo buen gusto y cuya educación cortesana tenía en mucha estima la esposa del tocinerero, lisonjeaba con mucha finura, disimulando la burla, sus dos vanidades principales, la de vestir bien y la de tener aire de señora. Esta fué la única que no la abandonó; hasta se le manifestaba más cariñosa que antes, con una ostentación de independencia de espíritu que admiraba en sí misma, como prueba de valor y de nobleza verdaderamente señorial. ¡Cuán cierto es que logra amistades más fuertes la adulación que el cariño! Todas las demás huían de ella, por temor, real ó fingido, de que pudiese resultar del proceso alguna revelación escandalosa. La maestra, sin embargo, proseguía haciendo sus viajes á Turín y había recobrado su sonrisa tranquila y ligeramente alta-nera de amante satisfecha, lo cual parecía el colmo de la desvergüenza.

—Es menester que esté furiosamente enamorada—decían tragando bilis, para arriesgarse de ese modo.

Las noticias de la tramitación de la causa se acogían con avidez de unos por otros. El negocio había pasado de manos del Juez municipal á las del fiscal sustituto del distrito. El cura había nombrado su abogado en la ciudad. Habían sido llamados los testigos. Por fin se fijó día para la vista. Muchos habían resuelto asistir. La maestra y el párroco salieron, á distintas horas, dos días antes.

Pero en la mañana misma del gran día circuló por el pueblo una noticia estupenda. No se verificaba ya la vista. Los letrados habían conseguido que las partes llegasen á una avenencia, y esa avenencia era una completa derrota para el cura. La maestra retiraba la

demanda y él le pagaba una indemnización de mil pesetas, dejándole además una declaración escrita y firmada en la cual protestaba en términos claros y explícitos de no haber tenido ni aún la más remota intención de atacar la honra ni la fama de la joven con aquellas palabras un poco vivas, pero inspiradas en el celo más puro, en pro de la enseñanza religiosa.

Fué un golpe sorprendente. La maestra tornó á Piazzena, con sus hermosísimos ojos amantes, pero sin aire de victoriosa, y reanudó sus tareas escolares al día siguiente como si nada hubiese ocurrido. El cura se mantuvo retraído durante algún tiempo. El acta de su retractación fué publicada en un periódico, del cual llegaron al pueblo algunas docenas de ejemplares, que pasaban de mano en mano. En una palabra, el triunfo de la maestra fué completo. Entonces sucedió lo que necesariamente había de suceder. Cuando vió al cura humillado y á sus partidarios con las orejas gachas, el partido contrario, que, no obstante, había dejado á la maestra en la estacada durante el peligro, fué á felicitarla ruidosamente, y cantó victoria contra el enemigo, que se ocultaba. ¡Ah! Por fin había llegado la hora de hablar claro. Aquel endiablado cura habría llevado al pueblo á su perdición. ¿No era él quien, aún no hacía un mes, noticioso de la próxima llegada de dos escuadrones de caballería, que iban de paso, había inclinado al alcalde á contestar á las autoridades que era imposible alojarlos por falta de paja y de forraje, siendo así que el pueblo los tenía en abundancia, obligando á la tropa á pasar por otra parte, con grave perjuicio del pueblo, bajo el especioso pretexto de que los soldados llevan la inmoralidad á las aldeas? Pues ¿y la tacañería de hacerse pagar sesenta céntimos por cada fe de bautismo de toda persona nacida antes de 1866, contraviniendo á lo que previene el artículo 147 del reglamento del Registro civil? ¿Y la infamia de dar sepultura á los niños muertos sin bautizar en un corral detrás de la iglesia? ¿Y aquel embrollo del legado de la Condesa? Toda su vida pasada era sometida al más escrupuloso análisis, hasta lo de aquellos dos aldeanillos y lo de la monja exclaustrada; y clamaban contra él á gritos en cafés y

en tiendas, amenazándole con darle un recuerdo solemne en cuanto asomase la cara por su puerta.

A pesar de todo esto, dos semanas después, el cura y el teniente volvían á pasear por el pueblo; el uno, con el sombrero sobre la nuca; el otro, con el sombrero ladeado hacia una oreja, mirando á sus enemigos con el ceño de siempre, y recibiendo los mismos, los mismísimos saludos que antes recibían, aún de aquellos que más habían vociferado contra ambos. Sólo que durante aquel año los sacerdotes no se entrometieron en los asuntos de las escuelas. Emilio no tuvo tampoco ninguna otra molestia con el alcalde por la elección de temas. Había solicitado entre tanto un puesto en el municipio de Altarana, en el que un alcalde demócrata é innovador quería un maestro joven, y gracias á una recomendación indirecta de la familia Goli, había obtenido la plaza. Tenía, pues, asegurado el pan; esto le bastaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

OTRO INSPECTOR

Emilio Ratti vivió en paz hasta la otra visita de inspección. Llegada ésta, experimentó el joven dos gustos simultáneos: uno, el de no ver á su excelente inspector de Garasco, que había sido trasladado de la capital de distrito, según costumbre, por rozamientos con las autoridades; otro, el de conocer de la peor manera posible los inconvenientes de ese cambio. Este inspector, hombre de unos cuarenta años, de poca estatura, completamente vestido de negro y con gasa de luto en el sombrero, era el reverso del otro, no solamente en el carácter y en las maneras, sino también en las ideas; y ya fuese con deliberado propósito, ya porque obrase así en conciencia, se manifestó contrario á su antecesor en todas las ideas; y lo que más turbación llevó al ánimo del maestro, fué que aquel sujeto poseía un lenguaje claro y agudo que revelaba gran ingenio y atacaba en la raíz misma todos sus dogmas didácticos. El inspector penetró en la escuela, dejándose atrás, como una especie de estado mayor, al alcalde, al superintendente, al delegado y á un joven desconocido, cuya misión no se adivinaba, y sin reprender al maestro, halló algo que rectificar en todo, todo lo encontró mal y necesitado de renovación «ab imis fundamentis».

Después de escuchar un trozo de lección, que interrumpió en medio de un periodo, preguntó al maestro:

—¿Usted sigue, por lo que se ve, el sistema de preguntas y respuestas?

El maestro expuso sus ideas: empleaba ambos métodos, el expositivo y el interrogativo ó subjetivo, según los casos; alternaba en ellos, si bien prefería el primero, principalmente con los alumnos de primera. Hacía ya dos años que procedía así, y no estaba descontento de los resultados.

El inspector movió la cabeza. Era absolutamente opuesto al segundo método, del cual no podían sacarse sino algunos charlatancillos presuntuosos. Estaba desechado hacía tiempo. De cada diez, dos lo aprovechaban; los demás se convertían en papagayos, adivinando la respuesta en la pregunta. Era un verdadero tiroteo de fruslerías; un sistema muy cómodo indudablemente para el maestro, pero que había pasado ya. Las lecciones debían ser dadas por el maestro solo, no por toda la clase con el maestro, mediante ciertos diálogos que parecían á la conversación de un hombre con el eco. El maestro debía hablar siempre, repitiendo cuándo era preciso, y perfeccionándose todo lo posible en la manera de exponer; y como los alumnos debían aprender todo de boca del maestro, nada de libros, nada de compendios, nada de copias; la gran maestra, la única maestra, la viva voz.

Después, llevándole al tema de la educación, preguntó con acento ligeramente irónico:

—¿Es decir que usted estudia los caracteres?... Y por consiguiente labra en los corazones...

También en este punto tenía el inspector ideas opuestas, diametralmente opuestas. Según él, los maestros tenían la misión de instruir; ninguna otra. Todo el tiempo que se dedicaba, según prácticas, á modelar el alma, era tiempo robado, sin provecho alguno, á la instrucción. El maestro no podía ser ni el padre, ni la madre, ni el confesor; era un fabricante de inteligencias y nada más; parecía que era muy bastante. Además, no había más educación que el ejemplo; fuera de esto no existía sino charla sobre charla, que pasaba por el niño como el agua por las canales.

—El hombre—dijo para concluir,—es formado solamente por la vida, las pasiones y las necesidades. Usted

presume que está educando á un hombre en esos bancos y sólo trabaja sobre una criatura hipotética á la que, ora la crisis de la pubertad, ora la primera experiencia del amor, de las ambiciones, de la avaricia de dinero—las tres grandes pruebas—transformarán de un golpe... fuera de todas las previsiones humanas. Por consiguiente, trabajo perdido.

Dirigió después algunas preguntas; los alumnos contestaron; pero el inspector hubo de notar que «recitaban», y dijo al maestro:

—Haga usted que estudien de memoria lo menos posible. Recuerde la frase de Rutich: «El recitar de memoria, es un ultraje á la naturaleza y á la razón.»

Dirigió una ojeada á las composiciones y censuró el abuso de éstas en las escuelas elementales; era inútil fatigar á los niños haciéndoles expresar ideas que no tienen; era como ejercitarles en vestir el vacío. Censuró también los temas patrióticos, porque no convenía unir en la inteligencia de los muchachos el concepto de la patria y de otras cosas grandes, con la idea de un esfuerzo intelectual que se las hacía odiosas, ó, por lo menos, indiferentes por la costumbre. Hizo que leyesen, y censuró la «ortofonía» (1), cuyos defectos tenían su origen en lo incompleto del sistema ortográfico, y aconsejó al maestro que adoptase la costumbre de indicar el doble sonido de la s y de la z, y de señalar el acento tónico lo mismo en las voces llanas que en las esdrújulas. Anuncióle, por último, la próxima publicación de una circular suya en la cual desenvolvería todas sus ideas. Resumiendo: se trataba de rehacer el mundo. Y dejando al maestro con una babel en la cabeza, salió el inspector seguido de su acompañamiento.

(1) El vocablo «ortofonía» (recta pronunciación) no ha sido aún admitido en el Diccionario de la Academia. Creemos que debe serlo, y que lo será; por eso no hemos vacilado en emplearla.—(N. del T.)

UN DÍA TRISTE

Realmente, el inspector había dicho algunas verdades, y otras cosas que merecían ser meditadas; sin embargo, como para realizar aquellas ideas, puesto caso de que Ratti estuviese persuadido, hubiera necesitado, no solamente variar por completo de sistema, sino modificarse él á sí mismo del todo, después de un examen de conciencia muy detenido, adoptó la determinación que adoptan todos los maestros en circunstancias análogas: continuar, de todo en todo, con su sistema.

Pero sobrevino en aquellos días un suceso que, á pesar de Emilio, produjo cambio notable en su escuela.

Paseando una mañana, en las afueras del pueblo, por una senda á la que daban sombra hermosos matorrales, ornamento del provincial, vió venir por el mismo camino, y á caballo, al médico, de regreso de su visita cotidiana, con sus anteojos verdes y su quitasol abierto. Cuando estuvieron cerca, el médico detuvo su rocín, y después de saludar al maestro, díjole que había ido á visitar á uno de los discípulos de éste, en una casa bastante próxima, que le señaló. El médico ignoraba el nombre del enfermo; pero Emilio se lo figuró inmediatamente, porque hacía dos semanas que faltaba á clase un alumno llamado «Dobetti».

—Mire usted—dijo el médico,—me parece que usted debería dar un paseo... para que, al menos, la infeliz

criatura viese una cara de cristiano antes de morir. ¡Hay aquí algunos padres tan perros!

Y al decir esto, prosiguió su camino. El maestro le preguntó al despedirse:

—¿Qué enfermedad padece?

El médico, alejándose, respondió:

—Pues la enfermedad de los niños mal alimentados y maltratados. ¡Ah! ¡Qué perros! ¡Qué perros!

Pasó el maestro al otro lado del camino, tomó una veredita á campo traviesa y llegó á una casucha de aldeanos, en la cual no se notaba indicio alguno de vida. Entró en la era; á la sombra de un carro de heno estaban sentados, formando grupo, dos niños y una niña muy callados; parecían hermanos. Fuése en derechura hacia la puerta, en la que vió pegado un soneto impreso en loor á la Virgen; llamó, abrióse la puerta, y Ratti se halló en presencia del aldeano y de la mujer de éste, ambos de pie en medio de la habitación y bambolando los brazos; dos caras cebradas y frías.

Díjoles que era el maestro, y preguntó:

—¿Cómo está el enfermo?

La mujer fijó los ojos en el suelo; el marido movió la cabeza, y respondió con voz clara:

—Se muere.

—Me parece que ya están ustedes resignados—dijo Emilio, mirándolos.

—¿Qué quiere usted?—dijo la aldeana, lanzando un suspiro.—Ya éste es el tercero que el Señor se nos lleva.

—¿Dónde está?

El aldeano señaló una puerta lateral, la mujer se adelantó á abrirla, y Emilio entró, seguido de ambos. Era una habitación sin blanquear, á medias ocupada con haces de leña y á medias con aperos de labranza. Al entrar, tropezó Ratti con un gran nido de avispas, que debía de haberse caído de las vigas del techo. No se veía cama alguna. Los aldeanos le indicaron que estaba entre en el montón de haces de leña, en un rincón.

El maestro miró en rededor, y vió al cabo un lecho y una cara; era la muerte.

Una sensación de repugnancia y de asombro dejóle inmóvil por algunos segundos. Con dificultad pudo reconocer al muchacho, que tenía el rostro espantosamente enflaquecido, de color de cera, reluciente por el sudor; sus ojos parecían hundidos en las órbitas; el pecho se movía jadeante.

El pobre muchacho estaba tendido en un jergón de paja que descansaba sobre ejes de carro, sostenidos por dos banquillos sumamente bajos. Tenía por almohada un cojín sin funda y con listas azules, pero ya renegrido, y una sola sábana doblada, que caía por uno de los lados sobre el piso; por la abertura de la camisa, nada limpia, podían contarse las costillas del enfermo. En un banquillo de paja sin asiento, que hacía las veces de mesita de noche, había un pedazo de pan de centeno. Aspirábase un fuerte tufo de sudor.

El maestro se aproximó á la cabecera, puso una rodilla en tierra y una mano en la cama, cerca de la descarnada del enfermo, á la que no se atrevió á tocar.

—¿Me conoces?—le preguntó.

Al oír el sonido de aquella voz inesperada, el enfermo miró lentamente para buscar á la persona y detuvo la mirada en Emilio vagamente, como en una sombra.

Emilio repitió la pregunta.

Entonces los ojos del enfermo se animaron un poco, como si hubiesen llegado hasta su fondo dos chispas; moviéronse sus labios, prolongándose hacia delante, y pronunciaron á duras penas, con un hilo de voz, la palabra «maestro». Esta palabra produjo en el joven una sacudida, como si por primera vez llegase á sus oídos un sonido dulce y solemne.

En aquel momento sintió, estremeciéndose violentamente, que algo se movía en su pecho; era la mano del niño que, saliendo muy despacio y sin que lo advirtiese nadie, estaba como adherida á Emilio.

Sintióse éste entonces lleno de compasión; estrechó aquella mano fría y sudorosa, que ya no le repugnaba. Quiso hallar palabras de consuelo; pero no pudo. Decirle: «¡ánimo! Te podrás bueno», le parecía cruel. Sólo acertó á preguntarle:

—¿Te sientes mal, Dobetti?

El muchacho movió los párpados para indicar que sí. Y respiraba con mucha dificultad.

Se acordó entonces el maestro de haberle reñido una vez porque no había terminado un trabajo; se acordó de su voz, de sus defectos de pronunciación, de su sonrisa; pero como cosas de tiempo ya muy lejano.

El enfermito continuaba con los ojos clavados en los de su maestro, como si observase las lágrimas que en ellos relucían; acaso las primeras que veía verter por su causa. Su mano no lo abandonaba. Emilio, entretanto, buscaba pensamientos que le aliviase de la angustiada compasión que le oprimía el alma. Era lo mejor que podía ocurrir á la pobre criatura. ¿Qué existencia hubiese tenido? ¿Qué placeres le esperaban? ¡La muerte venía á quitarle tan poca cosa! Pero el corazón del maestro se rebeló airado contra esas ideas. ¡Oh! No, no; es inútil, es una cosa cruel y tremenda.—¡Un niño que muere! ¡Dios de los cielos! Nacer, comer un poco de pan negro, ser golpeado y morir...—Aún le entristecía más otro pensamiento: aquella desconsoladora muerte, en una estancia desmantelada, sobre un jergoncillo desaseado, cerca de un mendrugo de pan negro, en presencia de aquellos padres impasibles, era cosa que ocurría diariamente, millares de veces, siempre... ¡Oh! ¡Qué desgarrador pensamiento!

El muchacho seguía mirándolo con fijeza, y bajo aquellas pupilas que iban velándose y convergiendo, como por efecto de estrabismo, principió á manifestar una inquietud, una expresión casi de espanto, como si estuviese para salir de aquella mirada el secreto de la eternidad. El enfermo respiraba con más dificultad cada vez; experimentaba, de cuando en cuando, un acceso de tos, y con ella le venía á la boca una saliva purulenta; hundíanse los ojos, y las manos se le enfriaban. Después, comenzó á mover los labios, como si pronunciasen palabras de terror en una lengua sin sonidos.

—Se muere—dijo el padre.

—Arrodillense ustedes—dijo el maestro,—para que él los vea.

Solamente la madre se arrodilló, cubriéndose el rostro con una mano.

El muchacho experimentó entonces las sacudidas de uno de aquellos esfuerzos de la vida que arrancan alguna vez á los niños moribundos una palabra suprema que permanece después en el corazón de los padres como una huella eterna. Se agitó, estrechó con fuerza el traje del joven, y gritó, torciendo los ojos:

—¡Ah! ¡Maestro! ¡Ah! ¡Maestro! ¡Se acabó!

Abrióse su mano y cayó inerte, y el rostro permaneció inmóvil, con una expresión de estupor.

—Ha muerto—dijo el padre.

Una repugnancia repentina hizo al maestro que retirase hacia atrás su rostro; pero de pronto su corazón le impulsó hacia adelante, se inclinó sobre el muerto, y puso en su frente, á un tiempo mismo, un sollozo y un beso.

Hecho esto, se irguió, y enjugándose las lágrimas, como viese á la madre y al padre de pie en medio de la habitación, ella con los ojos un poco encendidos, él frunciendo las cejas para fingir tristeza, les dijo con invencible desprecio:

—A lo menos, vélenlo ustedes.

Ambos le acompañaron hasta la puerta, que salía á la era inundada de luz. Una vez allí, la madre, deteniéndolo, le dijo que eran pobres, que tenían muchos hijos, y que si les hacía la merced de darles algo para enterrar al niño, él que había sido su maestro. Emilio puso en sus manos algunas monedas y le volvió la espalda, y después de haber atravesado la era rápidamente, prosiguió su camino al sol. Andaba como aturrido, sintiendo allá, en lo más profundo de su alma, la emoción de la muerte vista, que transforma todas las ideas de la vida y quita al mundo su color y su movimiento; veía siempre allí aquella carita inmóvil y misteriosa, que iba precediéndole, vuelta hacia él como una aparición; y al lado de aquella veía otras, á millares, arriba y abajo, próximas unas, lejanas otras, innumerables caras blancas de niños muertos; el inmenso y desolado campo de batalla de la infancia y